



¡Yo estuve allí, lo recuerdo!



by Sachie Ikuma

Empezando por este primer número de 2008, SFM dará más espacio a la gente para la que el sumo es mucho más que un deporte, la gente para la que el sumo es parte de su cultura, su sentido de vida, su entorno – los japoneses.

Tanto si han sido aficionados durante toda la vida o personas con un interés pasajero en el deporte en uno u otro momento, el sumo para la mayoría de los japoneses siempre está 'ahí' – no necesita buscarlo para aprender sobre él como los aficionados de fuera han de hacer. Quizás ósmosis a la japonesa, sumo desde el nacimiento. ¿Qué les viene a la memoria, de qué se acuerdan?

Es este sentido de presencia individual, en su casi innoticiable relación diaria con el sumo lo que buscaremos, y aprenderemos de ello, en una serie de artículos centrados en los japoneses con diferente, pero interesantes interacciones con su deporte nacional en los años venideros.

No recuerdo el año exacto, incluso el mes permanece en el misterio, pero mi primera experiencia real con el sumo probablemente fue al principio de los años 70.

Recuerdo ver competir a Taiho, el antiguo ozeki Takanohana no había alcanzado aún su cima como ozeki en esa época – era aún komusubi o quizás incluso sekiwake. Tamanoumi era fuerte como Kitanofuji. Lo mismo podía decirse de Yutakayama porque es otro de los que me acuerdo de esa

época.

La primera vez que fui al sumo, fui con mis fallecidos abuelos. Mi abuelo era un verdadero caballero de la vieja escuela, que no era muy hablador pero tenía una gran pasión por el sumo. Por aquel entonces vivía en la colina del tradicional distrito de Yushima, era el perfecto contraste con mi siempre considerada y compasiva abuela.

En aquella época el torneo, por supuesto, se celebraba en el antiguo Kokugikan en Kuramae, junto al río y ahora marcado por una planta de tratamiento de agua.

La comida que se servía en aquellos días, tras presentar un comprobante que se les daba a los que se sentaban en masu-seki, está en mis primeros recuerdos. Según se sucedían los combates, era feliz por sentarme y mordisquear como hacían las niñas pequeñas, la brocheta de pollo yakitori o las castañas 'kuri', pero quizás el momento más destacado relativo a la comida que tengo de aquellos tiempos se centra en los chocolates con forma de rikishi.

Según fui creciendo y entré en la adolescencia, los nombres en el banzuke cambiaron, y mi favorito de siempre Kitanoumi empezó a destacar. Actualmente lo siento mucho por él. Era un hombre para el que el sumo era algo natural. Era brillante. Derrotaba a todo el mundo, ¡pero a la larga eso fue un problema! Siendo tan bueno como era, derrotar a todos los que llegaban y hacerlo de forma tan

estoica le hizo impopular en Japón – ¡así que a mi me gustaba porque no le gustaba a nadie más!

Otros grandes de aquella época eran Kitanofuji y Chiyonofuji por supuesto, pero ninguno tenía la auténtica presencia de un sumotori real; ambos eran demasiado modernos para aquellos tiempos y, a mi parecer, no dispuestos a ser parte integral del equipo en el que necesitarían estar para ser aceptados en el sumo. Había demasiado interés personal con esa pareja. Demasiado 'yo, yo, yo' – ¡para mí es así!

Hoy las cosas han cambiado. Mis dos abuelos ya hace tiempo que fallecieron y por consiguiente no hemos vuelto a ir a un torneo. Y las cosas son hoy diferentes. El deporte no es tan atractivo como lo fue una vez. Por supuesto reconozco el talento del actual yokozuna Asashoryu sobre el dohyo pero su personalidad (como yokozuna) puede ser un problema para los japoneses, y por eso espero que Hakuho gane mañana.*

En realidad no hay ninguna personalidad real ni decente sobre la que centrarse, y desde una perspectiva personal, hay muchas cosas más interesantes para mí por hacer como ver opera y kabuki.

* - *Este texto se escribió el día antes del combate entre ambos yokozunas en el senshuraku del Hatsu Bashi.*